

MARIA GUERRERO

"La plaza de Berkeley"

Comedia de John L. Balderston, traducida por don José López Rubio

Con el clásico ejemplo empleado por los escolásticos, para dar idea, aunque remota y pequeña, de la presencia divina del hombre que en la cima de una montaña, y dominando los dos flancos de ella, sabe, por simple visión directa, cuándo y dónde se han de encontrar los que ascienden en direcciones opuestas, y es para éstos una sorpresa lo que para el observador de la cima es cosa prevista y esperada. Con este ejemplo, un tanto modernizado en lo accidental, se encara el autor con el problema del tiempo, tan constante preocupación de los autores ingleses, que surge a cada momento en su teatro, como en "Mary Luz", de Barrie; en "La herida del tiempo" y en varias obras que no han llegado a ser traducidas, pero en las que



Mari Carmen D. de Mendoza
y José María Rodero

late la misma preocupación, aunque en distintas manifestaciones, porque unos se preocupan del tiempo en su sentido absoluto, otros de la visión objetiva y subjetiva, otros de la posible coexistencia de tiempos y hasta de la visión de éste como de un plano infinito, en el que pueden cruzarse infinitas líneas que son otras tantas vidas. Porque la característica de estas inquietudes, y común a todas, es la de identificar el tiempo con la vida. Así, la afirmación de Einstein de que el tiempo es la cuarta dimensión, los deja completamente fríos e indiferentes.

En esta comedia, la preocupación constante es la visión del porvenir; de un futuro que se supone ya existente en alguna parte y que por existir, ya tiene algo de pasado, con lo que las dos nociones de pasado y futuro se confunden y complican hasta producir un estado de

estupor constante en el espíritu de un hombre del siglo XVIII, que ve hasta en sus menores detalles el siglo XX.

Esto, en el ambiente tradicional del Londres de la reina Ana, crea en torno de este hombre un círculo de prevención que lo aísla y da interés dramático. Esta acción se reproduce en época actual en cuadros alternados, según el procedimiento que inició Barrie, en un personaje actual, captado por el encanto de un amor que se inició en el siglo XVIII, con lo que un mismo interés dramático enlaza dos épocas, que distan ciento cincuenta años, y se desprende una dulce poesía que impregna toda la comedia.

Quizá ganado por ella, López Rubio afina en la traducción del diálogo, que hace íntimo, profundo y expresivo, en un conjunto grato y asequible, a pesar de lo sutil y abstruso de algunos pasajes.

El señor Diosdado señaló con sobriedad y arte la doble nota de su personaje: la del primitivo norteamericano simple, tosco y demócrata en el Londres etiquetero y formulista del setecientos, y la del hombre agobiado, primero, por la visión del futuro y obsesionado, luego, por el pasado.

Mari Carmen Díaz de Mendoza fue exquisitamente la mujer sencilla, espontánea, para la que el amor y el misterio deslumbran en un suave vino de dulzura y melancolía. Blanca de Silos también logró marcar su tipo, algo más duro, de mujer reservada, entera, a la que prende el temor supersticioso de lo que no comprende.

Todos los personajes lograron un acorde perfecto, que armonizó con la bella propiedad del decorado, en un conjunto finísimo, que se impuso al público y le hizo aplaudir larga y calurosamente.

Jorge DE LA CUEVA